



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

¿Quieres ser sal y luz del mundo?

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 5, 13-16 (5º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 5 de febrero de 2017)



La aparición de concursos como Master Chef y de canales de televisión exclusivos para el mundo de la cocina han llevado este oficio, tradicionalmente poco valorado, a la categoría de arte y ya no es raro encontrarse a los mejores cocineros del mundo compartiendo alfombra roja con los personajes del arte, de la ciencia, de la política, etc. En los programas que menciono se insiste mucho en el cuidado de los productos, la presentación de los platos y, por supuesto, en el sabor que es

el protagonista del arte culinario. Insisto en esto último pues ya se podría tener el mejor “emplatado” pero si la preparación no tiene sabor, está sosa, se regresa a la cocina sin tocar. Lo mismo podría pasar con el diseño de una preciosa lámpara que, si está mal ubicada en el edificio o las bombillas están fundidas, de nada sirve.

Ser sal y luz del mundo. Siguiendo el ejemplo de la cocina y de la lámpara, Jesús nos invita a ser sal de la tierra y luz del mundo de modo que nuestra vida aporte a la sociedad el sabor del evangelio e ilumine los senderos que transitan los hombres y las mujeres en la búsqueda de aquello que les hace ser felices y les colma sus vidas de sentido.

Los diminutos granos de la sal, como lo afirman importantes chefs, hacen que este condimento fije todos los sabores que conforman un plato. Si la sal falta, la preparación es insípida y sin gracia aunque sea hermosa. Los discípulos de Jesús estamos llamados a ser esos pequeños granos que aportemos y fijemos los sabores que construyen la humanidad. No hace falta ser o tener una gran infraestructura para aportar los valores que hacen de la vida humana un proyecto ilusionante y feliz. Allí donde estemos, desde nuestra pequeñez, podemos y debemos aportar el sabor nuevo de Jesús.

Qué bueno poder dar sabor al mundo de la ciencia y al corazón de los investigadores para que todos sus esfuerzos se encaminen al bien común, al progreso de la humanidad, al aumento de la calidad de vida de todos los hombres y las mujeres y archiven todos los proyectos de construcción de armas, de modificación genética de alimentos y de ciertos “avances” que manipulan la vida humana interviniendo, no pocas veces, en su desarrollo natural.

Qué bueno poder iluminar el mundo de los investigadores sociales: políticos, economistas, sociólogos... para que puedan ver, en las márgenes de los caminos y en las periferias existenciales, a tantos hombres y mujeres que están siendo invisibilizados por sistemas excluyentes que les dejan fuera de toda posibilidad de vivir con dignidad.

Qué bueno poder iluminar a los países del llamado “Norte” para que vean o veamos que los rostros y las historias de las personas no son de un solo color, que el mundo es diverso y que esa diversidad es nuestra mayor riqueza. La luz de Jesús pone al descubierto la ignominia de los muros que cierran nuestras fronteras y nos vuelven al pensamiento único y a la dinámica de vencedores y vencidos.

Qué bueno poder dar sabor a nuestros corazones para llenarlo, una vez más, de aquél sentimiento que es capaz de transformar y construir la historia: el amor. Jesús no construyó grandes edificios ni nos llama a dejar monumentos para ser recordados en los libros de historia. Él nos llama a ser pequeños granos de sal, pequeñas luminarias que se vuelcan totalmente en el servicio de los demás porque lo importante de nuestra aportación a la humanidad no es la belleza de nuestros templos o de nuestros tesoros centenarios sino el sabor del amor que, desde el silencio y la humildad, aportamos a la humanidad.

Qué bueno ser sal y luz en nuestra misma Iglesia para que seamos capaces de volver a lo esencial, a Jesús y el Evangelio, y aparquemos todo aquello que rompe la unidad. No se trata de hacer un camino uniforme, eso sería de una pobreza enorme, pero sí de centrarnos en lo fundamental. En un mundo tan complejo es menester trabajar la unidad de los creyentes para aportar el sabor y la luz que creemos ayuda a hacer de la sociedad un mundo a la manera de Jesús.

Una palabra final. Para ser sal y luz es muy importante **dejarse salar y dejarse iluminar**. Cuando la sal se vuelve sosa o la luz se oculta es muy importante volver a la fuente, volver a Jesús para llenarnos de él y así poderlo dar a los demás. El cuidado de la relación con Jesús y de la comunión con los hermanos es vital para nuestra misión de ser Sal de la Tierra y Luz del Mundo.